Miércoles, 29 de junio 2016

Fuera de la sala de los espejos

http://thearchdruidreport.blogspot.com.es/2016/06/outside-hall-of-mirrors.html

El resultado de la votación de la semana pasada sobre la adhesión de Gran Bretaña a la Unión Europea ha generado aspavientos y de gritos de angustia en internet y en los medios de comunicación. La inesperada derrota del bando pro-UE, tiene importantes lecciones que enseñar, y no sólo para mis lectores de Gran Bretaña; las cuestiones fundamentales que subyacen a la consulta del Brexit son también pesadas realidades en muchos otros países, y es probable que desempeñen un gran papel y muy probablemente uno determinante en la elección presidencial de este año en los Estados Unidos.

Está claro que buena parte del resultado es resultado directo de la impresionante torpeza de la campaña del Remain por la permanencia en la UE. La primera regla de toda campaña política es que si algo no funciona hay que intentar algo más, pero aparentemente a nadie se le ocurrió penarlo en el lado pro-UE. Durante toda la campaña, casi los únicos argumentos coherentes que salieron de las bocas de los partidarios del Remain fueron las amenazas sobre las calamidades que iban a llegar si Gran Bretaña se salía de la UE. Por ello, semanas antes de la elección, se publicaron falsos titulares que decían “*Los expertos advierten de que el Brexit produce cáncer*”. Cosas parecidas llegaron a ser un tema común del humor en internet.

Eso ya era bastante malo; cuando el tema central de una campaña se convierte en chiste, es que algo se está haciendo mal, pero todo el mundo en el campo de los partidarios de la permanencia en la UE lo pasó por alto. El inminente ex primer ministro, David Cameron pasó gran parte de la campaña insistiendo en que si Gran Bretaña abandonaba la UE, habría graves recortes presupuestarios en el Servicio Nacional de Salud y en otros programas que benefician al británico común. La dificultad en este caso era, por supuesto, que el gobierno de Cameron ya había aplicado grandes recortes presupuestarios en el Servicio Nacional de Salud y en otros programas beneficiosos para los británicos ordinarios, y como mostraba todos los signos de seguir haciendo más de lo mismo la gente pensó que "*el Brexit va a hacer lo que ya estamos haciendo todos modos*" y los argumentos de Cameron no fueron eficaces en absoluto.

En general, lo partidarios de la permanencia nunca llegaron a ofrecer razones objetivas que lograsen convencer a los partidarios del abandono. En lugar de eso, simplemente insistieron en que "*cualquier persona juiciosa*" votaría por quedarse mientras que cualquiera que no estuviese de acuerdo tenía que ser un “*un nazi idiota y xenófobo*”. Su actitud tras la derrota ha sido la misma, alternando entre declaraciones furibundas sobre el 52% de los británicos que votaron salirse de la UE (“*seguro que son unos redomados fascistas”*) y la insistencia quejumbrosa en que muchas de las personas habrían votado de otra manera de haber sabido el resultado, por lo que, “*please, ¿podemos repetir la votación?*”

Tanto antes como después de la votación, en el argumentario de los partidarios de la permanencia en la UE nunca se consideró que quizá la permanencia del reino Unido en la UE podría implicar cuestiones de fondo sobre las que era posible tener un razonable desacuerdo. Debería haber sido obvio que decirle a la gente que sus preocupaciones no eran importantes e increparlos con insultos de patio de colegio cuando ponían reparos no iba a convencerlos para cambiar su voto. Eso demuestra (sobre todo, cuando tampoco lo reconocieron ni incluso después de la derrota) que los partidarios de la permanencia en la UE no estaban dispuestos de ninguna de las maneras a debatir sobre los asuntos que afectan e importan a la gente

Sugiero que esto es precisamente lo que está pasando, y una mirada hacia atrás a través del último siglo de la historia política británica puede ayudar a señalar las realidades (de las que nadie habla) que están detrás de las lamentaciones por el Brexit.

Hace un siglo dos partidos dominaban el panorama político británico: los conservadores (también llamados “*Tories*”) y los liberales. Ambas partes estaban manejadas por y para los ricos. A lo del siglo XIX una serie de leyes reformaron el sistema electoral en el sentido de ir incluyendo cada vez a más varones en el electorado británico; el voto femenino se logró en dos etapas, en 1918 se permitió el voto de las mujeres ricas de más de 30 años y en 1929 el de todas las mujeres adultas. Ambos partidos aprendieron muy deprisa la triquiñuela de ofrecer a los pobres favores insignificantes para conseguir que votasen por los intereses de los autoproclamados “*mejores*”.

El auge del Movimiento Obrero Independiente, precursor del Partido Laborista, fue un contragolpe magistral a este tipo de tahúres de la política. En lugar de dejarse sobornar en beneficio de la minoría rica, el movimiento obrero y más tarde el Partido Laborista puso como primer objetivo de su agenda el interés de los trabajadores y los pobres, y se negó a ser comprado con las migajas que caían de las mesas de los ricos. La consecuencia directa fue que para 1945 el Partido Liberal era irrelevante y el Partido Laborista se convirtió en uno de los dos grandes partidos en la política británica.

En Gran Bretaña, igual que en Estados Unidos, el péndulo empezó a girar en sentido inverso en el último cuarto del siglo XX. El triunfo de Margaret Thatcher en las elecciones generales de 1978 y la victoria de Ronald Reagan en 1980 trajo un nuevo escenario: el conservadurismo más agresivo aprendió la retórica izquierdista de la lucha de clases, la usó en el otro sentido e invirtió los papeles, marcando el comienzo de una era en la que los ricos se rebelaron contra los pobres. El Partido Laborista de Tony Blair, respondió a ese cambio de la misma manera que los demócratas estadounidenses lo hicieron con Bill Clinton: ambos se olvidaron de sus antiguos compromisos con la clase obrera y los pobres y se concentraron en asuntos que seducían a los liberales acomodados . Ellos apostaron a que la clase obrera y los pobres seguirían votándoles por costumbre y por una inmerecida lealtad, y la apuesta funcionó en el corto plazo.

El resultado en ambos países fue un clima político en el que las únicas políticas aceptadas fueron las que favorecían los intereses de los ricos a expensas de la clase obrera y de los pobres. Ese punto se ha enmarañado tan a menudo, y en formas tan imaginativas, que es probable que sea necesario detallarlo. El aumento de los precios inmobiliarios, por ejemplo, beneficia a aquellos que poseen bienes raíces, ya que sus propiedades terminan valiendo más, pero perjudica a los que deben alquilar sus casas, porque tienen que pagar una mayor proporción de sus ingresos por el alquiler. Del mismo modo, el recorte de los beneficios de bienestar social para los discapacitados favorece a los que pagan impuestos a expensas de los que necesitan esos beneficios para sobrevivir.

De la misma manera, el fomento de la inmigración sin restricciones en un país que ya cuenta con millones de personas permanente desempleadas y el fomento de la deslocalización de los puestos de trabajo industriales para que los desempleados compitan en una piscina cada vez menor de puestos de trabajo, beneficiará a los ricos a expensas de todos los demás. La ley de la oferta y la demanda se aplica a la mano de obra tal como lo hace con todo lo demás: al aumentar la oferta de trabajadores y disminuir la demanda de sus servicios, se reducirán los salarios. El beneficio va para los acomodados, ya que pagan menos por los servicios que desean, pero los trabajadores pobres y los desempleados se ven perjudicados, pues reciben menos ingresos si es que pueden encontrar algún trabajo. Es habitual, dentro de esta lógica sencilla, ser cegado por las afirmaciones de que la inmigración beneficia a la economía en su conjunto, pero ¿quién recibe la mayor parte de los beneficios, y quién soporta la mayoría del coste? Eso es algo que casi nadie ha estado dispuesto a discutir en la vida pública británica ni estadounidense durante los últimos treinta años.

El problema con este tipo de gobierno de los ricos, por los ricos y para los ricos fue rigurosamente descrito en detalle hace muchos años en las páginas del monumental "Estudio de la Historia" de Arnold Toynbee. Las sociedades en declive sufren un cisma en dos partes desiguales: una minoría dominante que monopoliza el sistema político y sus beneficios, y un proletariado interno que soporta casi todos los costes de mantener el orden de cosas existente y a la cual se niega el acceso a la mayor parte de sus beneficios. A medida que se ensancha la grieta, la minoría dominante olvida la ley fundamental de la política (*las masas sólo se mantendrán fieles a sus líderes si éstos les siguen siendo leales*) y el proletariado interno responde rechazando no sólo el liderazgo de la minoría dominante, sino también sus valores y sus ideales.

El símbolo perdurable de la desconexión de las elites con esta realidad es el famoso Salón de los Espejos de Versalles, donde se recluyeron los últimos tres reyes de Francia antes de la Revolución, aislados de una nación cada vez con mayores problemas y más empobrecida, mirándose el ombligo y contemplando con admiración sus brillantes reflexiones propias. Si bien parece que María Antonieta nunca dijo la famosa frase que se le atribuye ("*si no tienen pan, que coman pasteles*"), el distanciamiento de la realidad de la vida fuera de la sala de los espejos que sugiere esa frase era una realidad presente en una Francia que se precipitaba a la ruina, donde un número cada vez mayor de franceses ordinarios dio la espalda a sus supuestos líderes y fue en busca de nuevas opciones.

Eso es lo que ha sucedido en Gran Bretaña en las últimas décadas, y quedó demostrado en las últimas elecciones. En las elecciones generales de 2010, los votantes incumplieron las encuestas y los vaticinios de los expertos, votando muchos de ellos al Partido Liberal Democrático, hasta entonces un partido marginal. Ese fue un grito evidente pidiendo cambios, y si los liberales-demócratas hubiesen sido más hábiles podrían haber conseguido en unos pocos años eclipsar al Partido Laborista, pero los Lib-Dems eligieron el pájaro en mano (en lugar de sus ideales) y formaron coalición con los conservadores. En las elecciones generales de 2015, como consecuencia directa, los liberales-demócratas fueron expulsados de nuevo a los márgenes de la política.

Sin embargo en 2015 hubo un resultado aún más significativo. En un intento de atajar al Partido de la Independencia del Reino Unido (UKIP), otro partido marginal que mostraba un preocupante ascenso, el conservador David Cameron se comprometió, si su partido ganaba, a que el Reino Unido celebraría un referéndum sobre la adhesión a la UE. Las encuestas afirmaban que, como siempre, el voto se dividiría entre tres fuerzas: conservadores, liberales-demócratas, y laboristas. Las encuestas y los expertos tampoco acertaron; aparentemente, un buen número de personas que decían que iban a votar a los laboristas o a los liberales-demócratas, en la intimidad de la cabina de votación dieron su voto al Tory local. ¿Por qué? La votación del jueves sugiere que fue precisamente porque querían la oportunidad de decir no a la UE.

Y así llegamos hasta la campaña del Brexit. En la sociedad culta del Reino Unido actual, cualquier intento de señalar los enormes problemas que conlleva el permitir la inmigración sin restricciones en una isla saturada, que no puede proporcionar puestos de trabajo adecuados, alojamientos o servicios sociales para la gente que ya tiene, es inmediatamente tildado de racista. Por lo tanto, no es sorprendente que un buen número de británicos, muchos de ellos nominalmente votantes laboristas, en público repetían las consignas aprobadas mientras votaron Brexit en privado. De nuevo volvieron a fallar las encuestas y los expertos. Esa es una de las desventajas de la escisión entre la minoría dominante y el proletariado interno; cuando la minoría dominante pierde la lealtad de las masas por no hacer frente a las necesidades de las personas ajenas a los círculos de la riqueza y el privilegio, una hosca conformidad aparente acompañada de una secreta rebelión reemplazan a la confianza mutua que se necesita para hacer que la sociedad funcione.

La UE, por su parte, fue una diana perfecta para los votantes de la clase obrera y los pobres descontentos porque es una criatura surgida del seno de los ricos (como el partido Laborista desde Tony Blair y el Partido Demócrata tras Bill Clinton). Sus políticas económicas están dictadas de arriba a abajo por la economía neoliberal que impusieron Thatcher y Reagan; su rotundo apoyo a la inmigración sin restricciones y al libre movimiento de capital estaba diseñado para forzar los salarios a la baja y eliminar puestos de trabajos en países como Gran Bretaña; los subsidios invariablemente terminaban en los bolsillos de los potentados y en las grandes corporaciones, mientras que las cargas burocráticas son una pesada losa sobre las pequeñas empresas y las economías locales.

Esto no es particularmente difícil de descubrir; de hecho, se necesita un considerable esfuerzo para no darse cuenta de ello. SI te fijas, al escuchar a la gente lamentándose de las consecuencias del Brexit en los últimos informes de los medios de comunicación británicos, oirás una larga lista de privilegios (en su mayoría sólo para los ricos) que preocupan a quienes temen perderlos. Salvo algunos personajes marginales, los que votaron Brexit están callados, porque han aprendido por amarga experiencia que simplemente van a ser denostados con las habituales acusaciones de racismo trasnochado, etc.. Pero si estás dispuesto a charlar, sospecho que podrías oír una larga lista de obligaciones que han recaído sobre todo en las personas que tienen trabajos normales a quienes los ricos, obviamente, desprecian.

Es probable que haya que señalar que, por supuesto, no todos los que votaron por el Brexit son racistas y xenófobos. Igualmente es cierto que hay personas que han copulado con un cadáver de cerdo y votaron por la permanencia —estoy seguro de que mis lectores británicos pueden nombrar por lo menos a uno—, pero eso no quiere decir que todos los que votaron Remain hayan fornicado con un cerdo muerto. Pero, sobre todo, ¿es eso una prueba que los caprichos necrosuofílicos son la única razón posible para votar por la permanencia? Una forma habitual para definir las expresiones de odio es "*el uso de un estereotipo degradante y despectivo para describir a todos los miembros de un grupo*." Según esta definición, las personas que insisten en que todos los que votaron por Brexit son unos idiotas intolerantes participan del mismo lenguaje del odio, y es una fuente de diversión sombría el ver cómo la

gente que está siempre dispuesta a denunciar el discurso del odio, en este caso, cae en lo mismo que reprueban.

Pero sigamos más hondo. Hay, de hecho, un número significativo de pobres y de miembros de la clase trabajadora en el Reino Unido que mantienen actitudes profundamente llenas de prejuicios hacia los inmigrantes extranjeros. ¿Por qué? Buena parte del motivo es el hecho de que los ricos, desde hace décadas, han hecho sinónimos la tolerancia racial y las políticas de inmigración sin restricciones que han sumido a millones de obreros británicos en la pobreza o la indigencia. De la misma manera, a un gran número de británicos de clase pobre y trabajadora le tiene sin cuidado el medio ambiente, y buena parte de la razón es que se ha definido el debate sobre los problemas ambientales de tal manera que los estilos de vida de los ricos nunca se han sido visto afectados; mientras los costes de la protección del medio ambiente son pagados en cascada por toda la escala social (sobre todo recaen sobre los de más hacia abajo), los beneficios fluyen hacia arriba. Como ha señalado Toynbee, cuando la sociedad se divide en una minoría dominante y un proletariado interno, las masas rechazan no sólo la dirección sino también los ideales y valores de sus autoproclamados superiores. Sucede bastante a menudo que algunos de esos ideales y los valores son realmente importantes, pero cuando han sido usados una y otra vez para justificar las políticas de los privilegiados, las masas no pueden permitirse el lujo de apoyarlos.

Aquellos británicos que insisten en que la mayoría no importa y en que su país debe permanecer en la UE a pesar de lo que piensen los electores, claramente no han pensado en las implicaciones de las elecciones del jueves pasado. La lealtad a los partidos se ha diluido mucho, y a lo mejor el 52% de los votantes británicos que apoyaron el Brexit podrían fácilmente, con igual desprecio por los tierna sensibilidad de la minoría privilegiada, otorgar a una mayoría del UKIP en la Cámara de los Comunes y enviar a Nigel Farage directamente al 10 de Downing Street. Si logran convencer a las clases trabajadoras y a los pobres de que votar al UKIP es la única manera de que puedan hacer oír su voz, eso es lo que sucederá. Recuerda que es un movimiento muy imprudente enemistarse con quienes no tienen nada que perder.

Mientras tanto, una revuelta muy similar está en marcha en los Estados Unidos, con Donald Trump como beneficiario. Como señalé en un post anterior, el ascenso meteórico de Trump como candidato republicano fue totalmente impulsado por su habilidad para oponerse a la voluntad de los ricos que se ha descrito antes. Ocurría que todos los candidatos aceptables estaban alineados con las (resplandecientes en apariencia) ideas de la economía neoliberal y la política neoconservadora de los últimos treinta años concebidas para los ricos, quedando sólo una austeridad que castiga a los pobres, una negligencia criminal en el mantenimiento de la infraestructura del país y una sistemáticamente paranoica política de confrontación militar en el extranjero. Trump rompió con eso, y cuanto más estridentemente clamaban los expertos políticos contra él, más estados iba consiguiendo para la Convención Republicana y aumentaba su intención de voto en las encuestas.

Ahora Trump está haciendo lo más sensato, esperando su momento, preparándose para las elecciones generales, y lanzando globos-sonda de vez en cuando para ver cómo se aceptarán sus diferentes argumentos en contra de Hillary Clinton. Mi predicción es que el tipo de guerra sin cuartel que aniquiló a sus rivales republicanos comenzará a primeros de septiembre. Por otra parte, Hillary Clinton no está bien posicionada para enfrentarse a un ataque de ese tipo. No es simplemente que acumule acusaciones vergonzosamente detalladas de corrupción, a un nivel que sería envidiado por cualquier cleptocracia Tercer Mundo, tampoco es que su carrera como secretaria de Estado fuera notable (sobre todo por el cúmulo de desastres en política exterior de los que ella parece no haber aprendido nada). Ni siquiera es que Hillary Clinton esté muy a la derecha de Donald Trump en la mayoría de los problemas económicos, políticos y militares, en posiciones indistinguibles de las de George W. Bush, ya sabes, el chico malo al que los demócratas odiaban no hace tantos años.

No, lo que hace bastante probable una victoria en noviembre de Trump es que la propia Clinton es la elegida como el candidato propuesto por el status quo. Todas las posturas políticas que ha seguido, tanto en los Estados Unidos como en Gran Bretaña, han perseguido el beneficio de los ricos a expensas de todos los demás. Esa era una opción segura antes, cuando su marido era presidente, y ambos partidos estaban compitiendo principalmente en cómo mantener la comodidad de los que estaban cómodos y en machacar a los machacados. Pero ahora ya no lo es, cuando Trump ha roto con las reglas encubiertas de política americana moderna y está ofreciendo una serie de cambios de política que

realmente podrían mejorar sus vidas a las personas a las que les ha salido el palito corto desde hace más de treinta.

Ahora los políticos, los expertos y los pensadores oficialmente respetables del consenso actual para seguir favoreciendo a los ricos no están dispuestos a hablar de eso, ¡faltaría más!. La misma retórica monótona que se derramó sobre la mayoría pro-Brexit en Gran Bretaña se está aplicando a los seguidores de Trump en los Estados Unidos. Se ha puesto a funcionar la maquinaria: "*Racista*", "*fascista*", "*tarado*"... todos esos apelativos trasnochados y burlones que usan los privilegiados para que el resto de la población de los Estados Unidos de hoy rechace a Trump.

No se puede subestimar la vehemencia con la que se gritan estas palabras. Un viejo amigo dejó de hablarme porque expresé mi falta de entusiasmo por Clinton; no nos hablado desde entonces, y no tengo ni idea de si alguna vez lo haremos. Otras personas que conozco han tenido parecidas experiencias cuando trataron de discutir la próxima elección en términos más sutiles de lo que la sabiduría convencional de hoy está dispuesta a admitir. Una de las fuerzas más poderosas y más inconfesables en la vida pública estadounidenses —el prejuicio de clase— está detrás de ello. Ser partidario de Clinton es identificarse con los privilegiados, la "*gente buena*", los círculos acomodados que se miran el ombligo con admiración en el Salón de los Espejos. Si hablas de Trump sin lanzarle insustanciales insultos de colegial, o incluso insinuas que los partidarios de Trump quizá estén motivados por otras preocupaciones que no sean el racismo y la estupidez, debes ser arrojado sin ceremonias a extramuros donde está empezando a reunirse la canalla.

Al parecer, a los que deambulan por la sala de los espejos no se les ha ocurrido que hay mucha más gente fuera que dentro. No parecen haberse dado cuenta de que silenciar las opiniones inconvenientes y lanzar insultos a cualquiera que piense distinto no es una forma efectiva de convencer a quien ya no está de tu lado. Tal vez el resultado de la votación Brexit sea suficiente para sacar de su estupor a ese balbuceante grupo en Estados Unidos y los obligue a darse cuenta de que las personas que han sido perjudicadas por esas políticas que les son tan queridas a los ricos al final han perdido la paciencia (sometidos con monótona e interminable insistencia a la consigna de que ningún otro sistema político es posible). Tal vez, pero lo dudo.

Fuera de la sala de los espejos el cielo es negro y los pájaros vuelven a dormir a sus nidos. Algunos de ellos ya se han cobijado bajo los tejados de Londres. Otros planean sobre varias de capitales europeas, y muchos más vuelan sobre las cúpulas de mármol y los frontones de Washington DC. Cuando aterricen, su impacto sacudirá el mundo.